

res y de los Santos, cuyas reliquias están en el altar, pidiendo al Señor venganza contra los profanadores.

Et vidit subitus altare animas intersectorum propter verbum Dei, et clamabant voce magna dicentes: Uiqueque Domine, non iudicatis, et non vindicatis sanguinem nostrum?

Alude visiblemente al período de las guerras de Religión, que vinieron en pos de la revolución de Lutero; los altares fueron entonces profanados, las reliquias de los Santos pisoteadas, los Santos insultados, y su culto calificado de idolatría.

Este período dura, desde principios del siglo décimo séptimo, hasta la Revolución francesa.

Al abrirse el sexto sello, se deja sentir un gran terremoto, el sol de la verdad se oscurece, se vuelve negro; y la luna, que representa á la Iglesia, se pone roja de sangre; las estrellas se desprenden del firmamento: lo cual quiere decir, que los Pontífices y los sacerdotes son perseguidos. Los reyes de la tierra, los príncipes, los ricos, todo el pueblo se estremece, y van á esconderse; el Cordero de Dios está furioso contra el mundo, porque ha llegado el gran día de los malos.

¿Quién no vé aquí el símbolo ostensible del período de la Revolución francesa; revolución que se propaga, poco á poco, á todas partes, y que hace exclamar al Profeta: «¿Quién podrá soportarla?»

Et vidit, et ecce terrae motus magnus factus est, et sol factus est niger, et luna tota facta est sicut sanguis.... Quoniam venit dies magnus irae ipsorum: et quis poterit stare?

Esperanza en medio del infortunio.

CAPÍTULO VII.

Todo este capítulo está destinado á responder á esta pregunta del Profeta: *¿Et quis poterit stare?* Si; dice el Señor; los hay, que resistirán, y se santificarán en esos tiempos de tribulación y de error, que comienzan con esta stantia Revolución.

Por esto, cuando los cuatro Angeles, que Dios destina á destruir el mundo, se ponen de pie, creyendo, á la vista de tantos crímenes, que ha llegado la hora de la justicia, el Angel de la misericordia los detiene

y les dice, que todavía se compezezan de la tierra y del mar, porque aún hay un gran número de servidores de Dios, que han de ser marcados en la frente con el signo de salvación; y les muestra á millares, que son conducidos por el Cordero á las fuentes de la vida, y cuyas lágrimas enjuga el Cordero, consolándolos, en medio de sus grandes tribulaciones.

Agnus reget illos, et deducet eos ad vitas fontes aquarum, et absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum.

SECCION SEGUNDA.

Séptimo y último período.—Apertura del séptimo sello.

CAPÍTULO VIII.

Hé aquí, por último, el grande, el solemne y último período, que se inaugura, al abrir el séptimo y último sello. Este período comienza á mediados de este siglo, bajo el Imperio de Napoleon III, en el momento en que la Revolución llegó á su apogeo; en el momento, en que el Anticristo, según una opinión muy probable, nace siendo fruto de dos sangres malditas: en el momento, en que Maria, en que está destinada á resistirle de frente, y aplastarle la cabeza, es proclamada Inmaculada; en el momento, en fin, en que, merced al vapor y á la electricidad, todo toma en la tierra un carácter universal, así el bien, como el mal; y en que, uno y otro, disputándose el dominio del mundo, van á encontrarse, frente á frente, para comenzar sus luchas gigantescas.

Así es, que apenas se abre este sello, reina un gran silencio en el cielo, y todos los habitantes de la corte celestial están en la expectativa de las grandes cosas que van á realizarse.

Siete Angeles están, en pie, delante del trono de Dios, con una trompeta cada uno; van áregonar los estragos que causa en el mundo cada uno de los siete pecados capitales; y otro Angel, para templar la justicia de Dios, presenta sin cesar, ante el altar del Altísimo, el perfume de las oraciones de los santos, en un incensario de oro.

Cuando los cuatro primeros Angeles anuncian al sonido de la trompeta, que han

llegado á su colmo los estragos del orgullo, de la avaricia, de la impureza y la envidia (1); entónces, se aparece un ángula grande, y, con voz espantosa, exclama, «Ay, ay, ay de los moradores de la tierra.»

Ye, ye, ye habitantibus in terra.

Y los tres Angeles, que continúan todavía prevenidos con la trompeta, deben anunciar estos tres grandes ¡Ay! á la tierra; al propio tiempo, que los estragos de los tres últimos pecados capitales, que han de caracterizar cada una de esas tres catástrofes; *Ceteris vocibus trium Angelorum, qui erant tuba canturi.*

Esos tres; ¡Ay! indican visiblemente, que ántes de la consumación de los tiempos, han de estallar en la tierra tres catástrofes universales, y distintas de todas las catástrofes ocurridas, por el carácter de generalidad, que únicamente las invenciones modernas pueden darlas. Pues bien; estamos visiblemente en la primera; está marcada con el sello de la intemperancia en todas las cosas.

La gran persecución del Anticristo en persona, será la segunda, y estará marcada con el sello de la cólera y del furor.

La catástrofe, que coincidirá con el juicio final, será la tercera; será marcada con el sello de la ociosidad y de la imprevisión, producidas por un período, mas ó menos largo de felicidad, que vendrá en pos del Anticristo; período, en que Jesucristo vendrá á manera de ladrón, *tamquam fur*, á sorprender al mundo, para juzgarlo.

Este capítulo, es visiblemente la clave de todo lo que sigue; de él arranca el rayo

(1) Esta interpretación, que me atrevo á dar de los siete Angeles de la justicia divina, no me parece destituida de fundamento, aunque, para mí, no es tan clara como el resto. Los grandes árboles y las pequeñas plantas destruidos en gran parte por el fuego ¿no indican los estragos, que causan el orgullo y el lujo en todas las clases de la sociedad? El estrago de los buques, que cruzan el mar para el comercio, ¿no indica la sed de oro? Ese gran río, lleno de amargura, que inunda la tierra, y que causa la muerte á los que beben de sus aguas, ¿no indica lo amargo y ponzoñoso de la voluptuosidad? El sol, la luna, las estrellas, en parte eclipsadas; ¿no son indicio de la envidia, en fuerza de la que los hombres precisan eclipsarse unos á otros? Y esa ángula, que domina los espacios, ¿no inaugura la era de las grandes catástrofes, ¿no indica la dominación fatal de Napoleon III, bajo la que comenzó la gran catástrofe presente, que es la primera de las tres de que el Profeta va á hablar?

luminoso, que ilumina toda esta segunda parte del libro profético, cuyas profundidades serian insondables á no explicarse por este capítulo.

En efecto; es evidente, que este séptimo sello representa el último período del mundo; es evidente, que estos tres grandes ¡Ay! comprendidos en este sello, son la indicación de las tres grandes catástrofes, que han de ser universales, *omnibus habitantibus in terra*; y que, por lo tanto, el Apocalypsi, que no es más que la revelación de lo porvenir, no se ocupará, hasta el fin, sino de lo que va á ocurrir en este grande período; es decir, de esos tres grandes ¡Ay! Los dos capítulos siguientes, van á probarlo tan claramente, como la luz del día; y el capítulo duodécimo, que no puede aplicarse sino á los acontecimientos actuales, está ahí, como un argumento invencible.

Por otra parte; ¿se necesita reflexionar mucho, para comprender, que estamos asistiendo, en este momento, á una crisis tal, que no se ha visto otra igual en el mundo? ¿Quién no ve, que todo anda desconcertado en la tierra; y que hemos entrado en un nuevo período de la vida del mundo? No es una sola nación la que anda en desconcierto; toda la sociedad humana está sobre un volcán. Se ponen al debate, ó se niegan con descaro, todas las verdades más sagradas, que á la sociedad humana le sirven de base. El linaje humano está dividido en dos campos, el del bien y el del mal; un inmenso estremecimiento divino, ó satánico, lo recorre y lo agita convulsivamente: los unos gritan: ¡Viva Dios! ¡Viva Jesucristo! los otros exclaman: ¡Guerra á Dios! ¡Guerra á Jesucristo! Todos los antagonismos, de pueblo á pueblo, y de partido á partido, por graves que sean, son menos graves, que la guerra colosal encendida en el alma de todos los pueblos, entre la Iglesia y la Revolución; es decir, entre la conservación social, y la destrucción universal, exclamaba en otro tiempo en la tribuna de la Asamblea nacional Mr. de Belcastel, el noble y generoso campeón de todos los derechos.

Y ántes que él, había dicho el P. Felix: «Es preciso confesar, que nuestra época nos presenta el espectáculo de preparaciones mayores, más públicas, más solemnes, que las de todos los siglos que nos han precedido. Estas apostasias prácticas del

cristianismo, aceptadas por las muchedumbres; estos insolentes desprecios de la justicia y del derecho, practicados por los gobiernos; estas orgías de la codicia, del lujo y de la voluptuosidad, que van acrecentándose cada día; esta profesión pública y desecada de todos los más extremados errores del panteísmo, del materialismo, del ateísmo, del positivismo y del escepticismo más absoluto; este progresivo é impío propósito de borrar los nombres de Dios y de Jesucristo en todas las esferas de la vida contemporánea, en la filosofía, ciencias, literatura y artes; en la economía, en la educación, en la vida industrial, doméstica y social; y, por último, el progreso, cada vez mayor del anticristianismo, que se organiza en todas partes con una ciencia y una habilidad verdaderamente satánicas, y que reclusa soldados en todas partes; todo esto, dá á la prevaricación contemporánea un carácter verdaderamente excepcional, que nunca lo había tenido.»

Por su parte, Mr. Freppel, ha dicho recientemente, en una alocución dirigida á los individuos de las Conferencias de San Vicente de Paul en Angers:

«Estamos en una época de la historia, en que el bien y el mal, siempre en lucha desde el origen del mundo, están empeñados en un combate decisivo. Nadie puede ser indiferente á una lucha de la que dependen nuestros destinos. Desde algunos años, en particular, se proferen, á nuestro alrededor, palabras extrañas á que nuestros oídos no estaban acostumbrados: *No hay Dios; no hay Jesucristo; no hay alma*; tales son las máximas desoladoras, que espíritus infames se atreven á repetir en producciones todavía más infames; y ahí está el pueblo, que lo mira, lo oye y lo lee. Hé aquí, el peligro; corromper el taller; es cosa en que el genio del mal no había pensado hasta nuestra época. Se habían hecho esfuerzos para corromper el trono, para profanar el santuario; pero esos esfuerzos se habían detenido ante el taller; y al ver á esos operarios de manos rudas y callosas, á ese hombre de tan infeliz suerte en el mundo, y que no tiene verdaderas esperanzas sino en una futura vida, se había consentido en no privarle de su fe ni de sus costumbres. Ahora, se han llevado los esfuerzos más adelante; y se llama con preferencia á las puertas del taller, para sembrar allí el veneno de las

malas doctrinas. Se pone especial empeño en persuadir á las clases obreras, de que la virtud no es sino un nombre; de que el hombre es una simple máquina; y de que la nada es la última palabra de nuestros destinos. Allí se trata de hacer el vacío en las almas, para no dejar subsistentes sobre las ruinas de la conciencia sino apellidos groseros é instintos perversos.»

Es evidente, por lo tanto, que atraviesa, en la época presente, una crisis tal, que no la había visto igual el mundo, y que es visiblemente la primera de las que han de acompañar al linaje humano hasta el término de su peregrinación en la tierra.

Se necesitan estas grandes crisis, para deslindar completamente la verdad y el error, y para hacer que la primera, entre triunfante en los cielos: «La Iglesia, ha dicho Pio IX, entra en una época más bella que ninguna otra; y el Papa está á la cabeza de la Iglesia. Jesucristo y Balaam, la luz y las tinieblas, la verdad y la mentira, son, más que nunca, irreconciliables. Hé aquí, ya, un grande y magnífico resultado de la lucha actual; estamos seguros del triunfo; no pedimos á Dios sino firmeza, fuerza y perseverancia (1).»

Esta crisis, repetimos, no se concentra en una nación, ó en determinada categoría de intereses y de verdades religiosas ó políticas; es universal en todo; y este es el carácter especial, que la distingue de todas las precedentes, y nos demuestra, que, en realidad, hemos llegado á los tiempos que se llaman *apocalípticos*; y no sin motivo, puesto que el Apocalypsi trata de ellos, más que de otros.

El nombre de *Internacional*, dado á la legión del mal; y el *Concilio general* del Vaticano en que, por primera vez, han estado representadas todas las naciones de la tierra; los medios de comunicación y de transporte, que se perfeccionan sin cesar, y, en pocos instantes, ponen en relación á todos los pueblos del universo; todas estas y muchas más, son pruebas bastante evidentes, de que todo ha tomado en nuestra época, un carácter de universalidad verdadera-

(1) Estas memorables palabras del ilustre Pontífice, vienen confirmando más y más cada día el bien y el mal se acentúan más que nunca, y los campamentos están en frente uno de otro. Para convencerse de ello, léase el n.º 2 del Apéndice: *¿En dónde estamos?*

mente excepcional; y que, por lo tanto, ahora, y por primera vez, el mundo asiste á uno de esos tres ¡Ay! generales de que trata el Apocalypsi.

S I.

Bosquejo de los tres grandes ¡AY!

CAPÍTULOS IX, X, Y, XI.

Queriendo el Profeta, hacer de esta grande y última época del mundo el cuadro más conmovedor y más completo posible, procede como los grandes pintores: destina estos tres capítulos á trazar un breve bosquejo de las tres grandes catástrofes, ó tres grandes ¡AY! que ha de comprender esta grande y última Epoca; luego, en los capítulos siguientes, hasta el final del Apocalypsi, explana dicho bosquejo, para comunicarnos todos los pormenores de cada una de estas tres catástrofes, y de cada uno de los tres triunfos, que son su consecuencia.

Hemos entrado, pues, en el séptimo y último periodo del mundo. Comenzó, como hemos dicho, á mediados de este siglo, bajo el imperio de Napoleon III, por la *Proclamación de la CONEXCIÓN INMACULADA*, que es el acontecimiento culminante de este periodo.

Inclinado, bajo el peso de estos tres grandes ¡AY! el género humano ira, en adelante, de caída en caída, hasta el juicio universal; y hasta los últimos capítulos, no podremos dar sosiego á nuestros espíritus y á nuestros corazones, contemplando, con el Profeta, las inefables delicias del cielo.

Hé aquí, el breve bosquejo; en pocos momentos nos enteraremos de todos los detalles.

Primer ¡AY! tiempo presente.

El Angel deja oír el sonido de la trompeta para anunciar el primer grande ¡AY! así es, que, desde el principio del capítulo, vemos como Satanás, que es la estrella brillante desprendida del firmamento, viene al mundo para vivir en él en la persona del Anticristo, recién nacido, y para abrir el pozo del abismo. Pues bien; de ese pozo, que no es todavía el infierno, pero que conduce al infierno por comunicaciones subter-

rúneas; sale un humo denso y encendido, como el de un horno ardiente; y este humo oscurece la luz del sol, inflaciona el aire, y produce un ejército de langostas; ejército que viene á ser poderoso, pero todo su poder es como el de escorpiones devoradores. *Dada est illis potestas sicut habent pestilentem scorpiones terra.*»

Y bien se sabe, que el escorpión es de lo más execrable y destructor que hay en la naturaleza; su veneno es de los más activos, y causa siempre una muerte tan pronta como inevitable.

Pero esto no basta; y el Profeta añade, que esos escorpiones, á manera de hombre, tienen dientes de león.

En estos tres señales, ¿quién no reconoce al nuevo ejército de la Internacional, hijo de la francmasonería, y, como ella, salido del pozo del abismo? ¿No es ya, un ejército innumerable como las langostas, y asolador como ellas? ¿No tiene el veneno del escorpión, y el furor del león?

El pueblo es un león, que espera su presa; decia tiempo atrás un eco incógnito de la secta.

Pero esto no basta; y el Profeta nos indica otros signos; y como se trata de la época presente, conviene precisar todos los pormenores. En efecto, es de los más significativo que puede darse.

Y las figuras de las langostas, se parecen á caballos aparejados para batalla; y sobre sus cabezas tenían como coronas al parecer de oro; y sus caras eran así como caras de hombres.

Y tenían cabellos como cabellos de mujeres; y sus dientes, eran como dientes de leones:

«Vestían tambien lorigas, como lorigas de hierro; y el ruido de sus alas como el estruendo de los carros tirados de muchos caballos, que van corriendo al combate.»

Obsérvese en lo transcrito, que se trata de un ejército sedicioso, que tascó el freno, y está siempre dispuesto á sublevarse; y está, como el Profeta alude, es oropel; el oropel de la soberanía del pueblo. Plaza al pueblo soberano; el año 1789 le coronó.— Los cabellos, como de mujeres, no son ya, fantasmagoría, sino realidad. ¿Se ha visto nunca como ahora, igual corrupción de costumbres? ¿Se ha conocido algo más afeminado, que esta nueva generación?— Las corazas aluden á las conciencias petrificadas

é inaccesibles á los remordimientos y al arrepentimiento.

Y el ruido de las alas ¿no es, literalmente tomado, el confuso rumor de los gritos sediciosos y alborotadoras voces? En cuanto salen de sus astros tenebrosos los modernos sectarios, ¿qué rumor! ¿qué confusión! ¿qué desórdenes! ¿qué trastorno!

«Tengan asimismo, colas parecidas á las de los escorpiones; y en las colas, agujones.»

Y, en efecto; ¿no sabemos, que en el preciso momento, en que Dios va á relegar á esas sectas infernales al abismo, lanzan en sus sacudimientos el mas terrible veneno?

Más hé aquí, dos frases consoladoras, que el Profeta añade;

PRIMER CONSELLO.—Esas sectas infernales, que tienen á su frente al ángel del abismo, cuyo nombre es *El Exterminador*, no tendrán potestad de hacer daño á los hombres sino por cinco meses.

Este dato es importante; el tiempo de su reinado será breve; no durará sino cinco meses: *Potentia eorum mensibus quinque*. Mas, no por esto, es ménos la rabia de Satanás, nos dirá el Profeta en el capítulo duodécimo, que es el complemento de este:

Diabolus descendit ad vos habens iram magnam, sciens quod modicum tempus habet.

La prueba será breve; ha comenzado ya para España, Portugal, Italia, Francia, tiemblan, á su vez; pero tengamos confianza; cuando se creyó que todo está perdido, todo quedará salvado.

SEGUNDO CONSELLO.—Únicamente las almas en las que se encuentra un gérmen de corrupción, y que no tienen en su frente el signo de salvación, es decir; las que se ruhorizan de la cruz, serán afectadas por este mortal veneno, y sucumbirán en la prueba; pero todo lo que es puro, reverdeciente, y que conserva la sávia de la fe y del amor en el jardín de la Iglesia; así la menuda yerba, como la grande; así los pobres, como los ricos; así el clero como los fieles, ninguno de éstos perecerá; verdad es, que tendrán su alma destrozada por la pena; habrá momentos, en que la muerte les parecerá preferible á la vida; pero Dios los guardará; y la muerte no podrá alcanzarles.

Tal es el breve bosquejo de la primera

gran crisis que estamos atravesando. El Profeta volverá á ocuparse de ella más adelante, y presentará su cuadro completo, en el capítulo duodécimo, cuya interpretación más completa daremos tambien más adelante. Bastará juntarla con ésta para reconocer todos los detalles de la crisis actual.

Pero continuemos la exposicion del plan general.

Segundo ¡AY! ó tiempo del Anticristo.

«El un ¡AY! se pasó ya; mas, luego despues, van á venir dos AYES todavía, dice el Profeta; *Va unum abijt, et ecce vinitur adhuc duo Va post hæc: el Va del tiempo del Anticristo, y el Va de la destruccion del mundo.*

El sexto Angel anuncia, al sonido de la trompeta, la segunda gran catástrofe, y el reinado del Anticristo (4).

Durante esta catástrofe, dice el Profeta, la tercera parte de los hombres ha de perecer. En efecto; el ejército del Anticristo será innumerable; el número de ginetes, es decir, de adeptos, ascenderá á doscientos millones; las cabezas de sus caballos serán como cabezas de leones, y de su boca saldrá fuego, humo y azufre; pero las heridas espantosas que causarán, más que los siete truenos de la justicia de Dios, que se dejarán oír, no bastarán para convertir á los hombres, que, á la sazón, serán casi todos adoradores de los demonios, homicidas, libidinosos, envenenadores y ladrones; la malicia de esos tiempos será tan grande, que el ángel de la justicia, apoyado un pie en la tierra y otro en el mar, exclamará: Ya no habrá mas tiempo. *Tempus non erit amplius*. Pero, una vez más triunfará la misericordia; pues el libro que tenía en sus manos el Ángel de la justicia, devorado por el Profeta, despues de introducir la amargura en sus entrañas, deja en su boca la dulzura de la miel; y este libro le dice: No; los tiempos no han acabado todavía; es necesario que de nuevo profeticas á las naciones y pueblos; los que respirarán dulzura, sucederán á estos tiempos, que respiran amargura.

La Iglesia de Dios será entonces como pisoteada, durante tres años y medio, por el

(4) Véase el apéndice núm. 2: ¿Qué será el Anticristo?

Anticristo; sin embargo, no sucumbirá. «Yo me reservaré, dice el Señor, un santuario en el corazón de mis hijos, y haré partícipes de mis dones á dos hijos, *Henoch y Elias*; y, cubiertos de sacos, harán oficio de Profetas, por espacio de mil doscientos y sesenta días, ó tres años y medio; es decir, todo el tiempo del reinado del Anticristo (1).»

«Harán milagros prodigiosos; pero la Bestia salida del abismo, es decir, el Anticristo, moverá guerra contra ellos, los venerará, y les quitará la vida; y sus cadáveres yacerán en las plazas de la grande ciudad, en que el Señor de ellos, fué crucificado, expuestos a la vista de un pueblo inmenso, que se recogerá de su infortunio. Pero, al cabo de tres días y medio, Dios los resucitará. Una voz venida del cielo les dirá: Subid acá. Y en medio de este pueblo estupefacto, subirán al cielo en una nube resplandeciente, y un gran terremoto derrumbará á un tiempo la décima parte de la ciudad; perecerán siete mil personas; y las demas, espantadas, glorificarán al Señor y se convertirán.»

Hé aquí, el rápido bosquejo de los tiempos del Anticristo: el Profeta destinará, luego, siete capítulos, desde el XIII al XIX, á referir los demás pormenores.

Tercer ¡AY! ó destruccion del mundo.

«El segundo ¡AY! se pasó, dice el Profeta; y bien pronto vendrá el ¡AY! tercero: *Va secundum abijt et ecce Va tertium veniet cito*.

Es la grande y suprema catástrofe del fin del mundo y del juicio final; le precede un tiempo de triunfo espléndido.

«El séptimo Angel sonó la trompeta; y se sintieron voces grandes en el cielo que decían: El reino de este mundo ha venido á ser de nuestro Señor, y de su Cristo, y reinará por los siglos de los siglos: Amen.

«Aquí, los veinte y cuatro Ancianos, que están sentados en sus tronos en la presencia de Dios, se postraron sobre sus rostros, y adoraron á Dios, diciendo:

«Gracias te tributamos ¡oh Señor Dios todo poderoso! á ti, que eres, que eres, y que has de venir; porque hiciste alar de

(1) Véase el apéndice núm. 3: ¿En donde están Henoch y Elias?

tu gran poderío, y has entrado en posesion de tu reino.

«Las naciones montaron en cólera; más sobrevino tu ira, y el tiempo de ser juzgados los muertos, y de dar el galardón á tus siervos los profetas, y los santos, y á los que temen tu nombre, chicos y grandes, y de acabar con los que han corrompido la tierra.»

«Entonces se abrió el templo de Dios en el cielo; y fué vista el arca de su testamento en su templo, y se formaron rayos y voces y terremoto, y pedrisco espantoso.»

Tal es el breve bosquejo de la catástrofe suprema: el Profeta reproducirá este cuadro más adelante, en los capítulos XX, XXI y XXII, para manifestar todos los detalles; de esta suerte será completo el Apocalypsi, ó la *Revelacion de todas las cosas*. Sigámosle, paso á paso, y asistamos á esos tres dramas sublimes, que la Providencia va á presentarnos en todos sus detalles.

§ II.

Los tres grandes dramas del segundo periodo.

La Crisis presente.

CAPÍTULO XII.

Hé aquí, el capítulo de los presentes tiempos, el capítulo, que comprende en términos claros y precisos, todos los grandes acontecimientos de la época que atravesamos, y cuyo bosquejo breve y conmovedor nos ha presentado ya el Profeta. Este capítulo es tan importante, que no podemos contentarnos con un extracto, por exacto que fuere, como lo hacemos con los demás capítulos: traduzcamos, pues, literalmente, y versículo por versículo, esta importante página; limitándonos á añadir algunas palabras, para poner más de relieve el texto. Estemos atentos. El capítulo comienza por el acontecimiento culminante de la época actual, por la *Proclamacion de la Concepcion INMACULADA* (1).

4. — «Y apareció un gran prodigio en el cielo: Una mujer vestida del sol, y la luna

(1) Véase en el Apéndice el texto latino de este capítulo.

debajo de sus piés, y en su cabeza una corona de estrellas.»

Un grande prodigio (1) se ha visto en la Iglesia, es el cielo de la tierra (2); la mujer vestida del sol ha sido proclamada Inmaculada.

2.—«Y estando en cinta, gritaba con ansias de parir, y sufría dolores de parto.»

En este parto tan laborioso, el Profeta anuncia las angustias y las prolongadas luchas, que habían de servir de preludio á la definición dogmática de la infalibilidad Pontificia, de que va á hablarlos; la que estaba como en gérmen, *in utero habens*, en la Proclamación de la Concepción Inmaculada, puesto que Pío IX la había definido, en virtud de su sola é infalible autoridad. *Supremo suo atque infallibili oraculo solemniter proclamavit* (3).

(1) La maternidad divina en María es el mayor de los prodigios; pero, como esta maternidad supone la Concepción Inmaculada, la proclamación de este dogma es el acontecimiento más importante para su gloria. María Inmaculada es la obra maestra de Dios.

Hé aquí, dos admirables párrafos relativos á este punto: *Ipsa est*, dice San Buenaventura, *qua majorem Deum facere non possit; majorem mundum facere possit Deus; majus calum facere possit Deus; majorem matrem, quam matrem Dei; non possit facere Deus.*

Y Santo Tomás, preguntando si Dios podría hacer obras que fuesen sucesivamente más bellas, contesta: Si, excepto tres, á saber: *Christum, B. Virginem et nostram beatitudinem*; y hé aquí la razón: *Non humanitas Christi ex hoc quod est unita Deo; et beatitudo creata ex hoc quod est fructus Dei; et B. Virgo ex hoc quod est mater Dei; habent quamdam dignitatem infinitam ex bono infinito, quod est Deus.*

(2) Se da el nombre de cielo á la Iglesia, porque todo en ella es celestial, como dicen los comentadores: *Et quod caelestis sit ejus vita, mores, doctrina, auctor, lingua, affectus, spes, finis, et corona.*

(3) Conviene observar que el Concilio del Vaticano, que proclamó la infalibilidad Pontificia, se inauguró el día de la fiesta de la Inmaculada Concepción, 8 de diciembre de 1869.

3.—«En el mismo tiempo se vió en el cielo otro portentoso, y era un descumonal Dragon bermejo, con siete cabezas y diez cuernos; y en las cabezas tenía siete diademas.»

4.—«Y su cola traía arrastrada la tercera parte de las estrellas del cielo, y arrojólas á la tierra: este Dragon se puso delante de la mujer, que estaba para parir, á fin de tragarse al hijo, luego que ella le hubiese dado á luz (1).»

Este segundo acontecimiento, ocurrido en la Iglesia después de la proclamación de la Concepción Inmaculada, es, por lo tanto, la proclamación de la infalibilidad del Papa. Estos son los dos hechos más importantes, no solamente de este siglo, sino de todos los siglos, desde Jesucristo acá. No son pues de estrñar los esfuerzos que ha hecho el Dragon, para poner obstáculos á los hechos citados.

El color bermejo de que se ha hablado, no deja de tener su significación; representa, de un modo admirable, el liberalismo, cuyo color es siempre dudoso; y las siete cabezas, los diez cuernos, las siete diademas, representan tambien, de un modo sorprendente, todas las potencias del mundo, que el liberalismo ha puesto á su servicio, en su lucha encarnizada contra la infalibilidad: reyes, emperadores, diplomáticos, académicos, periodistas; todos, se han puesto de acuerdo y se han unido, para hacer una formidable guerra á la proclamación de este dogma.

(1) No se extrañe si en este capítulo aplicamos la misma palabra, mujer, *mulier*, ya, á María; ya, á la Iglesia. Todos los comentadores, después de los Padres de la Iglesia, no han vacilado en hacerlo como nosotros; y hé aquí, la razón que alegan: *Non mirum si illa typum Ecclesiae praeferant, in cujus beato utero capit suam eadem Ecclesia uniri meruit.* Esto mismo se usa principalmente en el Cantar de los Cantares: *Sicut et cantica canticorum qua primario sunt Epithalamium Christi et Ecclesiae, secundario Epithalamium Dei et B. Virginis attribuntur.*

De tal suerte, que puede siempre decirse: Allí donde está María, está la Iglesia; así como se dice: Allí en donde está el Papa, está la Iglesia.

Y esa cola, que arrastra á la tercera parte de las estrellas del cielo, y las precipita sobre la tierra, tiene tambien su triste significación; sabido de todos es, lo que ha de entenderse por *Estrellas de la Iglesia*; y sabido es tambien, de donde ha venido la más terrible y más tenaz oposición. En efecto: ¿quién se hubiera esperado ver, casi á la tercera parte de los que están encargados de levantar las almas hácia los pensamientos de la fe, ocuparse principalmente de los temores y de los intereses de la tierra, y calificar de inoportunas las inspiraciones del Espíritu Santo (1)? Y en especial; ¿quién se hubiera atrevido á esperar la osada pretención, formulada literalmente en uno de los últimos folletos publicados en Roma contra el Concilio, de reducir la definición á la nada en el espíritu de los fieles, en el supuesto de que no se pudiese impedir? Todo esto estaba predicho: *Draco stetit, ante mulierem, quae erat parturata, ut cum peperisset, filium ejus devoraret.* «Bien podemos figurárnoslo, dice Bossuet, con la boca abierta, dispuesto á devorar al hijo que iba á nacer.»

(1) Estos pretextos de inoportunidad eran tan poco fundados, como que los mismos hombres, que los alegaban, han aplaudido la elocuente palabra de Mr. de Belcastel, que en la tribuna de la asamblea nacional ha consignado, la necesidad de un Papa infalible, para la salvación del género humano. «Si, señores, ha dicho; más que nunca el mundo ha menester á la Santa Sede. Lo que puede esta magistratura de la verdad, firme, inmortal y libre, para la civilización del mundo, la sociedad cristiana lo ha experimentado. Pues bien; esta sociedad cristiana está ahora en peligro. En el conflicto de la fuerza material, que se sobrepone al derecho; en este caos de ideas y de doctrinas, verdadera anarquía intelectual; cuando la idea de la justicia está oscurecida; cuando la moral sacude la autoridad de la religion, de que procede, y se proclama independiente; cuando se ceba entre nosotros como un hambre de verdades; ¿no es verdad, que una regla fija, superior á todas las mudanzas de la opinion pública, es más necesaria que nunca? ¿No es cierto, que la presencia del magistrado de la verdad en el trono de Pedro, es más necesaria

5.—«Y parió un hijo varon, el cual habia de regir todas las Naciones con cetro de hierro; y este hijo fué arrebatado para Dios, y para su solio.»

A pesar de todas las oposiciones encarnizadas, ha venido al mundo un hombre, que posee en el mas alto grado la fuerza y la grandeza humana (1); pues bien; de hecho, no hay para el hombre privilegio comparable al de la infalibilidad.

La Iglesia ha proclamado infalible (2) al Papa; y, segun las palabras del Profeta, el Papa, en virtud de esta proclamación, «gobernará, en adelante, todos los pueblos con la vara inflexible de la verdad.» Más, hé aquí, que de improviso, después de esta proclamación, el poder exterior del Pontífice se eclipsa, y «desaparece de la vista del publico, y reina solo con Dios.»

6.—«Y la muger huyó al desierto, en donde tenia un lugar preparado por Dios, para que allí la sustentase, por espacio de mil doscientos y sesenta días.»

El Concilio se interrumpe; y cada obispo se retira á su diócesis. La interrupción del Concilio y esta dispersión, esta prevista por Dios; pero, dispersado como está, el Concilio, sin embargo, dura todavia; y las oraciones de los fieles conservan su vida por espacio de mil doscientos sesenta días (tres años y medio), tiempo de su interrupción.

Segun este texto, habiéndose dispersado el Concilio, en 19 de julio de 1870, será convocado nuevamente, ó reunido, á últimos de 1873, ó á principios de 1874.

7.—«Entretanto, se trabó una batalla grande en el cielo; Miguel y sus ángeles

que nunca, no digo á la libertad de las conciencias católicas, sino á la conciencia y á la razon del linaje humano?» (Si, si. Muy bien; muy bien.)

(1) La palabra *masculum* tiene en latín una significación, que se aplica magníficamente á la infalibilidad. Significa la idea de fuerte y perfecto, de puro y sin mezcla. Se trata pues, aquí, de un hombre, que posee la verdad pura y sin mezcla de error. Se llama *forte et masculum denarium*, la moneda hecha con un metal muy puro.

(2) Véase en el Apéndice núm. 6.—La *Infalibilidad, y el profeta Isaias.*

peleaban contra el Dragon, y el Dragon, y con sus ángeles lidiaban contra él.»

8.—«Pero éstos fueron los más débiles; y después, no quedó ya, para ellos, lugar ninguno en el cielo.»

9.—«Así fué abatido aquel Dragon descarnado; aquella antigua serpiente, que se llama diablo y Satanás, que anda engañando al orbe universo; y fué lanzado á la tierra, y sus ángeles con él.»

Estos versículos se refieren al encarnizado combate de los pretendidos viejos católicos, y otros, contra la definición del Concilio, y su humillante derrota. Todas las tentativas, que están haciendo para crear un cisma en la Iglesia, son inútiles; la Iglesia se conserva perfectamente unida. Todos los obispos se han adherido al Concilio del Vaticano, y á la definición de la Infallibilidad Pontificia. Y se busca á los viejos católicos, y no se les encuentra en parte alguna. *Et noni prevaluerunt, neque locus inventus est eorum.*

En virtud de la definición de la Infallibilidad, toda heregia, ó semi-hergia, como el galicanismo, es, en adelante, imposible en la Iglesia; ni por un momento puede ya Satanás perjudicarla: ha sido arrojado en tierra él, y todos sus ángeles, y todos sus cómplices con él.

10.—«Entonces oí una voz sonora en el cielo que decía: Hé aquí el tiempo de salvación, de la potencia y del reino de nuestro Dios, y del poder de su Cristo; porque ha sido ya precipitado el acusador de nuestros hermanos, que los acusaba día y noche ante la presencia de nuestro Dios.»

El poder de su Cristo alude al poder del Pontífice infalible. Es ya derivado el acusador, es decir, el liberalismo, que en presencia de Dios y en pleno Concilio, acusaba sin cesar de viva voz y por escrito á los obispos defensores de la Infallibilidad.

11.—«Y ellos le vencieron, por la sangre del Cordero, y por la palabra de su testimonio, por la cual desamaron sus vidas hasta perderlas por obedecer á Dios.»

La sangre del Cordero alude al Santo Sacrificio de la Misa, ofrecido cada día en el mismo Concilio. Los obispos estaban dispuestos á sacrificar su vida, antes que hacer traición á su conciencia y á la verdad.

12.—«Por tanto, regocijaos, ¡oh cielos, y los que en ellos moráis! ¡Ay de la tierra y del mar! porque el diablo bajó á vosotros

lleno de furor, sabiendo que le queda poco tiempo.» Ya hemos visto en el capítulo IX, que tendrá completa potestad para el mal; pero solo durante cinco meses.

13.—«Viéndose pues, el Dragon precipitado á la tierra, fué persiguiendo á la mujer, que había parido aquel hijo varón.»

El Dragon, viéndose en la imposibilidad de perjudicar á la Iglesia, y no pudiendo vengarse de ella sino en el órden temporal, se apodera de Roma con sus ejércitos revolucionarios; porque le tiene furioso la definición de la Infallibilidad, de la que los diplomaticos se sirven como pretexto, para excusar su diabólica empresa.

14.—«A la mujer, empero, se le dieron dos alas de águila grande, para volar al desierto á su sitio, en donde es alimentada por un tiempo, y dos tiempos, y la mitad de un tiempo, lejos de la serpiente.»

Las dos alas dadas á la Iglesia, para sustrarse del furor de sus enemigos, son las dos definiciones dogmáticas, de la Immaculada Concepcion, y de la Infallibilidad. Merced á estas dos alas, la Iglesia no puede ser cogida por sus enemigos; y en la persona de su Cabeza visible, en quien vive entera, *ubi Petrus, ubi Ecclesia*; vuela á la soledad, al Vaticano, de donde el Papa no sale, y donde Pio IX es alimentado por la piedad de los fieles por un tiempo, dos tiempos, y la mitad de un tiempo; lo cual significa, segun los comentadores, atendido el modo ordinario con que se explican las lenguas antiguas para contar un año, *dos años y la mitad de un año; id est, per annum, et duos annos, et dimidium annum*, dice Cornelio Lápide. Segun este texto, el cautiverio de Pio IX en el Vaticano, comenzado en 20 de setiembre de 1870, durará, poco más ó menos, hasta últimos del año 1873. En efecto; la diferencia que ha puesto el Profeta en su modo de contar, indicando el período de la interrupcion del Concilio por un número determinado de dias (1260); y la duracion del cautiverio de Pio IX, por un número de años, un tiempo, dos tiempos, y la mitad de un tiempo; esta diferencia, repito, nos induce á creer, que la primera palabra, tiempo, no ha de tomarse por un año completo; y nos permite esperar, que Pio IX quedará en libertad antes de concluir el año 1873, bastante á tiempo para convocar el Concilio en la época deseada: el triunfo del Pontificado y la convocacion del Concilio mar-

chan, á nuestro entender, como paralelamente en el plan divino.

La prediccion tan conocida de Maria Latate, cuya autenticidad he comprobado ante el obispo de la diócesis en que nació aquella santa religiosa, me alienta en esta esperanza. Maria Latate, que murió en Rennes, en olor de santidad, en el año 1847, anunció por escrito, desde el año 1843, y todavía se conserva el autógrafo; que un Papa, elegido por Dios, subiria en breve á la Silla de San Pedro, proclamaría la Immaculada Concepcion, y que las potencias infernales, para vengarse, se rebelarian más que nunca contra Dios y su Pontífice; y luego añade:

«Pues bien: vendrá la afliccion á la tierra; la opresion reinará en la ciudad que yo amo, y en la que he dejado mi corazón; será sumida en la tristeza y en la desolacion, por todas partes rodeada de enemigos, como una avecilla cogida en las redes. Esta ciudad, parecerá como que sucumbe, por espacio de tres años y algun tiempo más, despues de *esos tres años*; pero mi Madre (Nuestro Señor Jesucristo es quien habla á Maria Latate, despues de recibida la sagrada Comunión), bajará á la ciudad, tomará la mano del Anciano sentado en un trono, y le dirá: Ha llegado la hora; levántate; mira á tus enemigos; yo los hago desaparecer, unos despues de otros, y desaparecen por siempre mas. Mira á los hombres; estan venerando tu nombre; veneran tu valor, veneran tu poder. Tú vivirás, y yo viviré contigo. Anciano, enjuga tus lagrimas; yo te bendigo.»

La proclamacion de la Concepcion Immaculada, anunciada en esta misma carta, antes que Pio IX fuese elegido Pontífice, se ha realizado, en contra de todo lo que se esperaba; lo cual nos autoriza para creer, que sin duda se realizará tambien el fin del cautiverio de Pio IX, en la época indicada por Maria Latate. En este caso, tendríamos, que la libertad de Pio IX se verificaria despues del mes de setiembre de 1873, dentro de un plazo indeterminado, pero breve.

Pues bien; ¿Qué hace el Papa durante su cautiverio? El Apocalypsi nos lo dice de una manera sorprendente: lucha contra la revolucion, designada admirablemente en la serpiente, que busca medio de enroscarse, *á facie serpentis*, y se oculta á sus miradas.

15.—«Y la serpiente vomitó de su boca en pos de la muger, cantidad de agua como un rio, á fin de que fuese arrebatada de la corriente.»

Y en esto se alude á todas las proposiciones de conciliacion, de *modus vivendi*, que el gobierno italiano presenta sin cesar, pero en vano, para arrastrar á Pio IX consigo.

El día 15 de enero de 1873, el Padre Santo decía, aludiendo á Jesucristo, tentado por el demonio: «Tambien Nos continuamos siendo objeto de tentaciones. La primera es la de los que ofrecen dinero, y nos dicen: Padre Santo, arreglaos lo mejor que podais; os daremos la paz, la tranquilidad, tres, seis millones. *Hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me.*»

Pero aquí esta Dios, y me da fuerza para rechazar todas estas tentaciones.

Despues de las tentaciones, los Angeles acudieron á consolar y á servir á Jesucristo; tambien los Angeles vendran á consolarnos y á servirnos.»

16.—«Más la tierra socorrió á la mujer, y abriendo su boca, se sorbió al rio, que el Dragon arrojó de la suya.»

Esto tambien concuerda perfectamente con las predicciones que nos dicen: Cuando se creará todo perdido, todo será salvado. Si; de improviso las cosas cambian. Ha llegado la hora de Dios; la tierra, en vez de combatir á la Iglesia, se levanta, al fin, en su defensa. Esa tierra es, sin duda, la tierra de Francia; esta en primera categoria entre las naciones cristianas, y, más que otra alguna, ha recibido de Dios la mision de defender á la Iglesia (1). Todas las tradiciones y todas

(1) En la tribuna de la Asamblea nacional se han oido recientemente estas palabras: «Cuando pienso en el porvenir de mi noble patria, dijo Mr. de Belcastel, no veo para ella mas camino que el de vencer á la revolucion, recobrar su carácter de soldado de la Iglesia, de apoyo de todos los intereses católicos perseguidos, de infatigable é invencible protectora de la libertad del Papa en Roma, y de la libertad del Evangelio en todas las playas de la tierra.»

¡Ah! Dios unió á la Iglesia y la Francia, y nadie podrá romper esta alianza, que ha hecho grande á nuestra patria. Unidas por

las predicciones están admirablemente acordes en decirnos, que «la Francia tendrá entónces á su frente un *Gran rey*, que Dios le reserva, el más grande de los reyes de la Francia, y el último de su raza (1).» La Revolución será engullida y desaparecerá de la faz del mundo, durante todo el reinado glorioso de este ilustre monarca, que, dándose la mano con el gran Papa, sucesor de Pio IX, que la profecía designa con las palabras: *Lumen in celo*; dará con él la felicidad á la tierra.

Tal parece que ha de ser el admirable desenlace de la presente crisis: bien se ve, que todo en ello será milagroso y visiblemente sobrenatural, porque todo será únicamente obra de Dios. Es verdad, que no es este el modo ordinario con que Dios conduce los acontecimientos de este mundo; pero es preciso notar, que, como no estamos en tiempos ordinarios, no bastan ya, los medios ordinarios; y que lo *extraordinario* y lo *sobrenatural* en todas las cosas, ha de ser precisamente el carácter especial del séptimo y último periodo de la vida del mundo, en que acabamos de entrar.

La grande é infalible voz de Pio IX, ha dado á nuestra opinión sobre la materia un valor decisivo. Hé aquí, la respuesta que ha dirigido al distinguido redactor de la *Unión Católica*, que le había manifestado deseos de hacer celebrar el octavo aniversario de San Gregorio VII:

Pio IX, PAPA.

Estimado hijo: Salud y bendición apostólica.....

..... «La esperanza de ver en breve el triunfo de nuestra causa, que os da fuerzas para la lucha, no puede menos de fortalecerse sanamente, con el recuerdo secular del gran Pontífice Gregorio VII; que, si

Dios en la tribulación, lo estarán en el triunfo.

Todo el mundo cristiano espera este doble triunfo; pues cuando la Francia y la Iglesia padecen, todo el mundo padece.

(1) Véanse nuestras obras: *El Gran Papa y el Gran Rey*, y *Manual del buen francés*: una y otra prueban este deber y esta gran misión de la Francia. Se venden en casa Mr. Privat, librero-editor, Tolosa.

bien murió en el destierro, porque había odiado la iniquidad, y amado la justicia, vindicó noblemente los derechos de la Iglesia, contra los injustos y terribles ataques del poderoso emperador de Alemania, y realizó su antigua disciplina.

Es incontestable, empero, que la lucha, que la Iglesia está sosteniendo, es todavía mas terrible y peligrosa: en efecto; no se trata de tal ó cual derecho, disputado concretamente á la Iglesia, sino que se le disputa el poder, que recibió de Nuestro Señor Jesucristo; se trata de su constitucion, y, por lo tanto, se ataca á toda la religion católica; en su consecuencia, se pisotean todos los derechos de la sociedad humana, y se disuelven, á un tiempo, todos sus lazos; y no se trata de la lucha con un solo potentado, sino de la lucha con todas las potencias del mundo, rebeladas, á la vez, y compactamente. Por todas partes vemos venir enemigos para atacarla; pero, ¿en dónde están los amigos para defenderla?

Mas, sabiendo, que las puertas del infierno no pueden prevalecer contra la Iglesia, estas innumerables, estas inmensas dificultades, lejos de abatirnos, no pueden menos de aumentar nuestro valor. Pues, una vez consignado este oráculo divino é infalible, es cierto para el hombre que tiene fe, que habiendo permitido Dios esta lucha, que no se parece á ninguna otra, resultará de ella para la Iglesia un triunfo, que tampoco tendrá otro igual. Que si los medios ordinarios, que Dios ha concedido siempre á la Iglesia en tribulaciones mayores, ó menores, que las presentes, tales como el auxilio de los poderes seculares, ó la intervencion de algun hombre poderoso en sanidad; si estos medios nos faltan ahora, es porque Dios se reserva para si la victoria sobre todos nuestros enemigos.

Esto adquiere toda la certeza de la evidencia, si se quiere meditar y comprender, que la causa de nuestros presentes infortunios está toda en el olvido y en el abandono absoluto de Dios, consecuencia de la preocupacion constante y universal de los intereses terrestres. Es incontestable, por lo tanto, que un acontecimiento cualquiera, que los hombres podrian atribuir á una causa segunda, seria impotente para devolver el mundo al Señor; y que se necesita un acontecimiento, que, por su naturaleza, obligue á los hombres á levantar los ojos al

cielo, y les obligue á todos á exclamar: «El Señor es el que ha hecho esto, y es una cosa admirable á nuestros ojos.»

Mas, para que este acontecimiento maravilloso se realice lo más pronto posible, solamente la oracion y el auxilio del cielo, y en particular el de María Inmaculada, que puede por sus súplicas todo lo que Dios puede por su poder, serán eficaces.

Parécenos, pues, muy oportuno, que con motivo del aniversario secular de la eleccion de Gregorio VII, desperteis todo lo posible este espíritu de devocion... Y esperamos tambien, que la divina Clemencia, siempre implorada con más fervor, va á poner, por medio de un prodigio mayor que todos los demás; la última mano en esta serie de prodigios, que hace de continuo en favor de la Iglesia, para sostenerla en medio de esta tempestad deshecha.

Y fundados en esta esperanza, os damos de todo corazón, estimado hijo, nuestra bendicion paternal...

Dado en San Pedro de Roma, á 6 de febrero de 1873, de nuestro Pontificado el año vigésimo séptimo.

Pio IX, PAPA, (1).

Al leer estas palabras, que son acaso las más conmovedoras y explícitas que han salido de la boca de Pio IX, podria, á primera vista, creerse, que estan en contradiccion con el texto de que se sirve el Profeta para indicar la crisis actual: *Et adjuvit terra mulierem*. «Mas, la tierra socorrió á la Iglesia.» Y podria decirse: Hé, aquí, que la salvacion viene por una causa segunda. Pero, medítandolo, se ve, á poco, que en el estado actual de cosas, para que una causa segunda pueda venir eficazmente en auxilio de la Iglesia, y facilitarle el triunfo, es preciso de toda necesidad, que Dios dé antes el *Gran Golpe*. En efecto; ¿cómo puede prevorse, que la Francia vuelva por si propia, á un orden perfecto; y que el Gran Rey, á quien espera, pueda serle dado sin una intervencion divina?

No se equivoca en ello el que es aclamado ya, bajo este título glorioso, por todos los corazones verdaderamente franceses. Por

(1) Véase en el Apéndice núm. 8, el texto latino de este Breve.

esto decia tiempo atrás al general de Sonis: «Yo seré rey de Francia; pero, no vendrán en mi auxilio medios humanos; Dios me tomará por la mano, y me conducirá al trono de mis mayores (1).»

Hé, aquí, el final de este gran capítulo: sirve de transición á la crisis futura del Anticristo, de quien va á hablarlos el Profeta en el capítulo siguiente.

17.—«Y con esto, el Dragon se irritó contra la muger; y marchóse á guerrear contra los demás de la casta de ella, que guardan los mandamientos de Dios, y mantienen la confesion de Jesucristo.»

Esto nos conduce á la segunda catástrofe, es decir, á la gran lucha del Anticristo, que vendrá despues del triunfo próximo, cuya duracion no parece que haya de alcanzar á cincuenta años.

18.—«Y apostóse sobre la arena del mar,» es decir, al frente de un nuevo ejército de malos, tan numeroso como los granos de arena, que hay en la playa de los mares. Este ejército del Anticristo, nos ha dicho ya el Profeta, constará de doscientos millones de ginetes; lo cual quiere decir, un número prodigioso.

Actualmente, la Internacional se jacta de tener millones de adictos; por ahí, es fácil ver, con que espantosa rapidez esta maldita semilla se propagará en secreto, durante los años de triunfo, que las profecías convienen en señalar á la Iglesia, despues de la crisis actual.

De esta manera concluye este gran capítulo XII, punto capital de nuestro estudio: su extraordinaria claridad, y su palpante interés de actualidad, dan un valor considerable á las interpretaciones de todo lo que sigue.

CRISIS DEL ANTICRISTO.

CAPÍTULOS XII, AL XIX.

Estos siete capítulos, están todos destinados á narrarnos la gran crisis del Anticristo, durante el *segundo* ¡Ar! No es de extrañar, que el Profeta nos presente un cuadro tan minucioso de esta segunda catástrofe, cuyo bosquejo nos presenta en los capítulos IX, X y XI. En efecto; durante esta gran catástrofe

(1) Véase en el Apéndice núm. 4: *Palabras inspiradas de Pio IX*.

fe, ha de ocurrir un desafío á muerte entre Jesucristo y Satanás, entre el bien y el mal.

La Revolución es la encarnación del mal. La gran Babilonia está toda dispuesta en favor del Anticristo; contra ella lucha Jesucristo sin cesar por medio de la Iglesia. Bien lo sabe la Revolución; por esto es su consigna: *Guerra á muerte á la Iglesia*; empero, por más que haga, la Iglesia triunfará personalmente del Anticristo, como va á triunfar ahora de sus precursores; y cuando la Revolución, encarnada en el Anticristo, será destruida, Jesucristo reinará solo en la tierra; hasta que, después de un período, más ó menos largo, llegue el día en que, reapareciendo el mal súbitamente, la tierra quedará engullida casi de repente; y como inmediatamente se verificará el juicio final, comenzará la eternidad. Asistamos al gran drama del reinado del Anticristo. El Profeta va á desarrollarlo en los siete capítulos siguientes.

Para convencerse de que estos siete capítulos, forman uno solo, y constituyen el cuadro completo del desastroso reinado del Anticristo, basta comparar los primeros versículos del capítulo XII, con los últimos versículos del capítulo XIX:

«Y vi una Bestia, que subía del mar, la cual tenía siete cabezas, y diez cuernos, y sobre los cuernos diez diademas, y sobre las cabezas nombres de blasfemia.

«Esta Bestia, que vi, era semejante á un leopardo (por su ligereza), y sus pies como de oso (alude á la extensión de su imperio), y su boca como la de león (porque este imperio romperá y destruirá todos los reinos de la tierra.) Y le dió el Dragón su fuerza, (porque formará uno solo con él.)

«Esta Bestia, es visiblemente el Anticristo, designado siempre con este nombre en la Sagrada Escritura; vendrá á ser una encarnación de Satanás; ayudado por un falso profeta; casi tan malo como él, combatiará á Jesucristo, á la cabeza de los reyes de la tierra vencidos, ó corrompidos por él; y tendrá á sus órdenes un ejército de malos y blasfemos, tan numerosos como los granos de arena del mar. De esta manera comienza el capítulo XIII. Hé, aquí, como concluye el capítulo XIX.

«Entonces fué presa la Bestia, y con ella el falso profeta; que á vista de la misma había hecho prodigios, con que sedujo á los que recibieron la marca de la Bestia; y á

los que adoraron su imagen. Estos dos fueron lanzados vivos en un estanque de fuego, que arde con azufre.

«Mientras los demás fueron muertos con la espada, que sale de la boca del que estaba montado en el caballo; y todas las aves se hartaron de carne de ellos.»

Como se ve, todos estos siete capítulos están destinados á narrar la formidable lucha de la Iglesia contra el Anticristo, el triunfo definitivo de Jesucristo contra su enemigo personal y encarnizado, y la destrucción completa de la Revolución, representada por el caballo negro en que va montado el Anticristo; como la Iglesia está representada por el caballo blanco en que Jesucristo va sentado. Pues bien; la espada triunfante de la palabra infalible puesta en boca del Sumo Pontífice, representación viva de Jesucristo en la tierra, ha de ser el instrumento de esta gran victoria. Comprendese ahora, porque la proclamación de la Infalibilidad ha venido inmediatamente después de la proclamación de la Concepción Imaculada, destinada también á aplastar la cabeza de Satanás, personificada en el Anticristo.

Tal es la esencia de los siete capítulos, que se refieren á la época del Anticristo, ó al segundo ¡Ay! Analicemos ahora brevemente, cada uno de estos capítulos.

CAPÍTULO XIII. Este capítulo está destinado por completo, á describir lo que será el Anticristo, así como el falso Profeta que le acompañará, para ayudarle á engañar á los hombres con sus falsos prodigios, y obligarlos á adorar la imagen del Anticristo bajo pena de muerte; por manera, que á menos de hacer frente á un doloroso, pero glorioso martirio, sea cual fuere la condición á que se pertenezca, no se podrá vender ni comprar nada sin llevar el carácter, el nombre, ó el número de la Bestia, en el que se halla la cifra del hombre.

Comprender el misterio de este número, es un gran signo de prudencia y de sabiduría, añade el Profeta, y este número es 666, *sexcenti sexaginta sex*.

En estas palabras, el Profeta excita al ingenio humano á resolver este enigma: todos los comentaristas se han ocupado en esta tarea, y en particular Holzhauser. En el Apéndice puede verse el resumen de estas

curiosas investigaciones (1). Contentémonos aquí, con tomar de Holzhauser estas pocas palabras:

«A mediados del año de la era cristiana 1855; en el siglo décimo nono, nacerá el Anticristo, y vivirá cincuenta y cinco años y medio (2). Y en los tres últimos años de la vida, y durante los seis últimos meses, es decir, por espacio de tres años y medio, se cebará con el mayor furor contra la cristiandad; y de acuerdo con su falso profeta, el antipapa, perseguirá á la Iglesia, dispersará la grey de Jesucristo (San Malaquías en su Profecía sobre los Papas, dá al Papa que reinará entonces, el nombre de *Religio deppulata*), hará la guerra contra los santos de Dios y los inmolará, los asesinará por espacio de cuarenta y dos meses; época en que estará en la plenitud de su reinado.

Así, pues, en el año 1711, quedarán cumplidos los días de la Bestia, y el hijo de perdición será muerto á los cincuenta y seis años de su vida por el soplo de Jesucristo. Entonces se convertirán los judíos, y dirán: «Bendito sea el que viene en nombre del Señor.» — «Después de esta crisis vendrá otro en que el firmamento se disolverá, y se vendrá abajo con grande estrépito, y Jesucristo vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos.» — «Pero nadie, ni aún los ángeles del cielo, sabe cuando vendrá el día y la hora (de esta última crisis). «Solamente lo sabe mi Padre,» dice Jesucristo.

CAPÍTULO XIV. Este capítulo está destinado á describir lo que hará Jesucristo con su ejército, durante esta gran lucha, y nos le presenta en pie en el monte de Sion, rodeado de ciento cuarenta y cuatro mil soldados escogidos, que ostarán su nombre y el

de su padre, y entonces se oirá en el cielo una robusta voz, que anunciará el momento de la lucha; y esta voz, será magestuosa como el rumor de una gran corriente de agua, y solemne como el estruendo de un trueno; y al propio tiempo, los ciento cuarenta y cuatro mil soldados cantarán, acompañados con su cítara de oro, un nuevo cántico: será el cántico del triunfo, que únicamente podrán cantarlos las almas vírgenes y puras, que acompañan al Cordero, á donde quiera que va.

Y hé aquí, que un Angel cruza en rápido vuelo el espacio, llevando el Evangelio eterno, que, antes de la gran lucha, ha de anunciarse á todos los habitantes de la tierra, á todas las naciones, á todas las tribus, á todas las lenguas, á todos los pueblos. Dirá en alta voz:

«Temed al Señor, y honradle, porque venida es la hora de su juicio; y adorad á Aquél, que hizo el cielo, y la tierra, y el mar, y las fuentes de las aguas.»

«Y siguióse otro Angel, que decía: Cayó; cayó aquella gran Babilonia, que hizo beber á todas las naciones del vino de su furiosa prostitución.»

Por la gran Babilonia, entiende el Profeta la gran Revolución, que es la prostituta de Satanás, y la verdadera ciudad del mal en la tierra.

Cayó Babilonia, es decir, sucumbió la Revolución, esa ciudad maldita, esa Revolución satánica, que ha dado á beber á todos los pueblos el vino de la furiosa prostitución.

Por último, vendrá otro Angel, publicandole lo siguiente:

«Si alguno adore la Bestia y su imagen, y recibiere la marca en su frente ó en su mano;

«Ese tal ha de beber también del vino de la ira de Dios, de aquel vino puro, preparado en el cáliz de la cólera divina, y ha de ser atormentado con fuego y azufre á vista de los Angeles Santos, y en la presencia del Cordero;

«Y el humo de sus tormentos estará sufriendo por los siglos de los siglos, sin que tengan descanso ninguno, de día ni de noche, los que adoraron la Bestia, y su imagen, como tampoco cualquiera, que recibió la divisa de su nombre.»

Y el Profeta oyó una voz del cielo, que le decía: «Escribe: Bienaventurados los muert-

(1) Véase en el Apéndice *Una curiosa tabla sobre el número 666*.

(2) Lisamos, aquí, la alusión de nuestros lectores, hacia la fecha, que atribuye al nacimiento del Anticristo, Mr. Amadeo Nicolás; en sus *Conjeturas sobre las Edades de la Iglesia y los últimos tiempos*; Pág. 219 de la edición de París, de 1858.—Esta fecha, única cierta, y tantas veces citada, en la *Suma Filosófica del siglo XIX*; es, la de mediados de 1859; y, según el *Secreto de Melania*; en su *parla, aún no publicada*; la del 18 de Julio, Barcelona, á 2 de Febrero 1874; Fiesta de la Candelaria.

tos, que mueren en el Señor.... Venida es la hora de segar, puesto que está seca la mies de la tierra.... Y la vendimia fué pisada en el lagar, fuera de la ciudad, y corrió sangre del lagar en tanta abundancia, que llegaba hasta los frenos de los caballos por espacio de mil seiscientos estadios.» [El estadio equivale á 184 metros].

CAPÍTULO XV. Este capítulo describe la felicidad, de que gozarán en la gloria los vencedores del Anticristo.

Nadarán, dice, en un océano de felicidad, y las aguas de este océano serán puras y claras como el cristal; y tendrán en sus manos las arpas de Dios; cantarán el cántico de Moisés y el del Cordero, y dirán: Grandiosas y admirables son tus obras, ¡oh Señor Dios omnipotente! ¡justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los siglos! ¿Quién no te temerá, ¡oh Señor! y no engrandecerá tu nombre? puesto que tú solo eres el piadoso: de aquí es que todas las naciones vendrán, y se postrarán en tu acatamiento, visto que tus juicios están manifestos.»

En efecto; hasta después que la Revolución será vencida en la persona del Anticristo, su encarnación definitiva y completa, no reinará Jesucristo, por medio de la Iglesia, y en todas las naciones de la tierra.

El Profeta nos anuncia después, que por causa de la gran prevaricación, que habrá en esos infortunados tiempos, la tierra se verá castigada con siete grandes plagas, que siete Angeles guardarán en reserva en copas de oro, llenas de la ira del Dios que vive por los siglos de los siglos.

CAPÍTULO XVI. Este capítulo está destinado á referirnos lo que serán las siete plagas, que los Angeles de la justicia deramarán sucesivamente sobre la tierra.

Dice el Profeta, que causaran horribles dolores. Ya, llagas terribles consumirán los cuerpos de los que tienen el carácter de la Bestia; ya, el agua del mar y de los ríos se convertirá en sangre; ya, se sentirán sofocantes calores; ya, dominará una oscuridad espantosa, sobre todo en la comarca en que reinará el Anticristo, y los habitantes se despedazarán la lengua en el exceso de su

dolor. Y á pesar de esto, las blasfemias irán en aumento, y los corazones se endurecerán más y más, y el Anticristo y su falso profeta conseguirán arrastrar en pos de sí á todos los reyes de la tierra, para conducirlos con todos sus ejércitos á un lugar llamado *Armagedon*, ó lugar de exterminio. En efecto; allí serán exterminados casi todos, pues en el momento en que el séptimo Angel derramará en el aire el cáliz de la ira, saldrá una robusta voz del trono del Cordero, que dejará oír estas terribles palabras: *Esto es hecho: Factum est.*

Y hé aquí, que al propio tiempo, los rayos caerán en todas direcciones sobre la tierra, y, en especial, sobre las ciudades culpables; y habrá sonado la hora en que la gran Babilonia, la Revolución, que habia llegado á su apogeo en el reinado del Anticristo, beberá la copa del vino de la indignación y de la ira del Señor.

CAPÍTULO XVII. En este capítulo se describe á la gran prostituta de la tierra, á la infame Babilonia, embriagada con sangre de los mártires.

No ha de creerse que esta Babilonia sea tal ó cual ciudad en particular, ni la Roma pagana, ni París, ni otra ciudad cualquiera; la palabra Babilonia se adapta perfectamente, es cierto, á esas grandes ciudades, cuando se hacen culpables, y cuando el mal parece establecer en ellas su trono; y todo lo que el Profeta dice del castigo de Babilonia, puede adaptarseles; pero la Babilonia á que el Profeta se refiere en especial, es en realidad, la *Ciudad del mal*, ó la Revolución, hija de Satanás, el primero de los rebeldes; en contraposición á la *Ciudad de Dios*, de que trata San Agustín, diciendo:

« Dos amores han edificado dos ciudades; el amor propio, llevado hasta el menosprecio de Dios, ha edificado la ciudad del mal, ó ciudad de Satanás; y el amor de Dios, llevado hasta el desprecio de sí mismo, ha edificado la ciudad del bien, ó ciudad de Dios. En la Sagrada Escritura, la una, tiene el nombre simbólico de *Babilonia*, ciudad de confusión, porque esta ciudad, edificada por Nemrod el tirano, nieto de Cam el maldito, es el asiento del orgullo, del lujo y de la corrupción; y la otra, lleva el nombre simbólico de *Jerusalén*, ciudad de paz y de

oración, que dominaba al templo del Señor, construido por Salomón (1).

La gran prostituta lleva en su frente la palabra misterio, *mysterium*, porque siempre, desde el origen del mundo, el mal se oculta y forma sociedades secretas para causar mayores estragos. En estas sociedades secretas, se tramán, se preparan y se forman todas las revoluciones. Satanás las preside muchas veces personalmente; y cuando no las preside de un modo visible, á lo ménos, siempre es él quien las dirige y las anima con su espíritu, que encubre bajo las magníficas palabras de fraternidad y libertad, con que engaña á los tontos hermanos y amigos, que se dejan fascinar, y que son esplotados por los astutos y hábiles, que los presiden. Los Sumos Pontífices tienen fulminado anatema contra ellos.

Estas sociedades secretas son el reino de la Revolución, y, por consiguiente, de Satanás, el primero entre los revolucionarios. Esas sociedades forman el ejército del Anticristo.

CAPÍTULO XVIII. Este capítulo está destinado íntegramente á referir la caída y completa derrota de la Revolución, la Babilonia de Satanás.

« Y después de esto, vi descender del cielo á otro Angel, que tenía potestad grande; y la tierra quedó iluminada con su claridad.

« Y exclamó con mucha fuerza, diciendo: Cayó, cayó Babilonia la Grande, *Cecidit, cecidit Babylon magna*, la que era tenebrosa cueva de todos los espíritus inmundos, la que embriagó á todas las naciones, á todos los reyes, y en particular, á los mercaderes, á las clases medias de la tierra, con el veneno de sus riquezas y de su voluptuosidad. ¡Cayó la gran Babilonia!

En seguida, hace el Profeta una descripción conmovedora de la espantosa ruina de los malos y de las ciudades en que ellos moran. Esta ruina completa se verificará en el momento en que Jesucristo derribará al Anticristo, digno monarca de los males.

Entonces, se exigirá una terrible cuenta á esta Revolución satánica de toda la sangre de los mártires, que habrá derramado, y de todas las almas, que ha quitado al Señor con

(1) Véase en el Apéndice, n.º 5, el cuadro de estas dos ciudades.

sus astutas seducciones, y sus conspiraciones continuas y abominables.

CAPÍTULO XIX. Este es el capítulo del Triunfo: todo el cielo canta *Aleluya* por la victoria. El que tiene por nombres *Verbo de Dios*, Rey de reyes, y Señor de los Señores, sale del cielo, sentado en un caballo blanco, símbolo de su Iglesia, siempre pura, para herir en el corazón á su mortal enemigo. El Anticristo, su falso profeta, y todos los reyes seducidos por ellos, son vencidos y muertos por la espada de dos filos, que sale de su boca: esta espada es su palabra, siempre viva en su Pontífice infalible.

« Y vi, dice el Profeta, á un Angel que estaba en el sol (de la verdad, que no se eclipsa jamás, en la Iglesia de Dios), y clamó en alta voz, diciendo á todas las aves, que volaban por medio del cielo: Venid, y congregaos á la cena grande de Dios;

« A comer carne de reyes, y carne de tribunos, y carne de poderosos, y carne de caballos, y de sus ginetes, y carne de todos, libres, y esclavos, y de chicos, y de grandes,» que formaban el ejército del Anticristo.

En efecto; se da la batalla; queda vencido todo este innumerable ejército; el Anticristo y su falso profeta caen vivos en el Infierno; y las aves del cielo se sacian de las carnes palpitantes de sus innumerables secarios.

Así termina la segunda gran catástrofe, el segundo ¡AY!

La última de las grandes crisis ó el fin del mundo.

CAPÍTULO XX.

Hemos llegado á la última crisis del gran período de la vida del género humano en la tierra. Comienza por un período bastante largo del triunfo espléndido; puesto que el Profeta, para designarlo, se sirve del número de mil años, que quiere decir, *mucha tiempo*; y acaba con la catástrofe suprema ó la destrucción del mundo, y el juicio final: es el tercer ¡AY!

« Y vi descender del cielo á un Angel, que tenía la llave del abismo, y una gran cadena en su mano.

» Y agarró al Dragon, á aquella serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y le encadenó por mil años.

» Y metiéndole en el abismo, y le encerró, y puso sello sobre él, para que no ande más engañando á las gentes, hasta que se cumplan los mil años; después de los cuales ha de ser soltado por un poco de tiempo.

» Luego vi unos tronos, y se sentaron en ellos, y se les dió potestad de juzgar; y vi las ánimas de los habidos degollados por la confesión de Jesús, y por la palabra de Dios, y los que no adoraron la Bestia ni á su imagen, ni recibieron su marca en las frentes, ni en las manos, que vivieron, y reinaron con Cristo mil años.»

El Angel del Señor, después de la derrota del Anticristo, encerrará y sujetará al Dragon en el abismo por espacio de mil años, es decir, durante mucho tiempo, según explican los comentadores (1). Entre otros Cor-

(1) San Agustín dice, que los mil años, de que habla aquí el Profeta, no son un número prefijado, sino un número indeterminado, y que indica todo el tiempo, que transcurrirá, á contar, del reinado del Anticristo, hasta el fin del mundo, según estas palabras del Salmista: *Memor fuit verbi, quod mandavit in mille generationes*, lo que no significa sino todas las generaciones siguientes.

Los que han tomado literalmente el número de mil años, y que por esto son designados con el nombre de milenarios, deben dividirse en dos clases distintas.

La primera, es completamente herética, y reconoce por jefe al herejiarca Cerinto. Pretendía, que los justos resucitarán entonces, y llevarán con los cristianos, todavía vivos, una vida muelle y voluptuosa por espacio de mil años, á fin de indemnizarse de las mortificaciones y de la abnegación, que antes se habrán visto obligados á practicar.

La segunda clase, no es reprobada como herética, aunque generalmente no es ménos reconocida como errónea; según ella, los justos después de la derrota del Anticristo, debían resucitar corporalmente, para ser establecidos como príncipes en toda la tierra, y formar la corte de Jesucristo, que reinará en persona, habiendo escogido á Jerusalem para capital de la monarquía.

nelio á Lápide dice: *Sanctus Joannes dixit per mille annos, id est, multos annos; y Menochio añade: Dixit per mille annos, posito numero certo pro incerto*. Fundándose solo en este capítulo XX del Apocalypsi, sino tambien en el capítulo XXXIX de Ezequiel, y el capítulo XII de Daniel, que son muy explícitos sobre este punto; Cornelio á Lápide, siguiendo á los más sabios comentadores, añade; que el triunfo de Jesucristo y de su Iglesia en la tierra, después de la muerte del Anticristo, durará muchos años, hasta que llegue la destruccion del mundo y el juicio final: *Ilinc apparet post mortem Antichristi dandos plures annos, et post Antichristum erit summa Ecclesia pax*.

Este triunfo durará bastante tiempo, para que la Iglesia se reponga de las grandes luchas sostenidas contra el Anticristo, y pueda recoger los frutos de su victoria; y para que los innumerables mártires inmolados durante esta terrible crisis, recibian, aún en la tierra, una gloria digna de su virtud sublime.

Bossuet confirma esta opinion, cuando, al tratar en su *Historia Universal* de la futura conversion de los judios, que ha de verificarse inmediatamente después del Anticristo, y comentando un texto de Isaías, dice, siguiendo á este profeta; que, una vez devuelta á los judios la verdadera creencia, «pasará de sus hijos á los hijos de sus hijos sin alteracion hasta el fin del mundo, tanto tiempo como sea del agrado de Dios hacerlo durar después de esta conversion admirable.» Según estas varias afirmaciones, que vienen á confirmar el texto de este capítulo XX del Apocalypsi, mediarán varias generaciones entre el Anticristo y el juicio final. La opinion, que hace coincidir el juicio final con la muerte del Anticristo, no

San Justino, Lactancio, y Tertuliano, habian adoptado esta opinion, que no es probable por ningún concepto, puesto que el mal, después de este triunfo, debe reaparecer todavía, mientras que Jesucristo no ha de volver, según dicen las Actas de los Apóstoles, más que para restablecerlo todo para siempre; y, además, San Juan, dice explícitamente, que entonces triunfarán las almas de los justos, y no los cuerpos.

tiene fundamento alguno sólido en la Sagrada Escritura (1). Esta, al contrario, nos dice explícitamente, y en varios pasajes, que los judios no se convertirán hasta después de la muerte del Anticristo; entonces Jerusalem recobrará su esplendor primitivo; y especialmente contra esta Jerusalem gloriosa, vendrá á desatarse la última persecucion de Gog y de Magog; y ésta, y no la del Anticristo, precederá inmediatamente al juicio final.

Tales son las aserciones formales, que encontramos repetidas varias veces en la Sagrada Escritura; pues bien, la regla más importante para la interpretacion de los Libros Santos, consiste en tomar siempre el sentido literal, cuando nada se opone á ello.

Entonces, pues, se realizarán tantas profecías, que se refieren á la última venida de Jesucristo y al triunfo final de la Iglesia; entonces Jesucristo será verdaderamente reconocido Rey por todas las naciones de la tierra, y todas se postrarán á sus plantas en la persona del Sumo Pontífice, que le representa. *In novissimis diebus*, dice Isaías, *fluat ad eum omnes gentes*. Todos los que no querian reconocer tu autoridad ó que te perseguian, irán sucesivamente á colocarse bajo tus leyes, prosigue Isaías:

Veniet ad te, qui detrahebant tibi, et adorabunt vestigia pedum tuorum.—Precisamente porque has sido abandonada, [San Malaquías da al Papa que reinará entonces el nombre de *Religio depopulata*], porque se te habrá pisoteado, quiero que tu seas la reina de las naciones durante generaciones y generaciones, y los reyes se disputarán la honra de ser los que te alimenten, y todos los Estados se convertirán con mucho gusto en custodios y tribularios tuyos: *Pro eo*

(1) El párrafo de San Pablo á los tesalonicenses, en que dice, que Jesucristo derribará al Anticristo por una brillante aparicion de su poder, no contradice nuestra opinion; esto coincide con estas palabras de la Sagrada Escritura: *Nunc judicium est mundi, nunc princeps mundi eiecitur foras*; y Cornelio á Lápide dice: Jesucristo no vendrá por sí á vencer al Anticristo, sino que enviará sobre él los rayos del cielo: *Quodam inusitato fulgore de caelo quasi fulmine*.

quod fuisse derelicta et odio habita... ponam te in superbia aeculorum, gaudium in generationem et generationem; et suges lac gentium, et mamilla regum lactaberis, et scies quia ego Dominus salvans te, et redemptor tuus fortis.

Entonces se cumplirá la profecía de Jesucristo, que anuncia, que vendrá un tiempo en que no habrá en la tierra sino un rebaño y un Pastor: *Et fiet unum ovile et unus Pastor*.

Las antiguas Sibilas, de las que Dios habia querido servirse para pronosticar la venida del Mesias, predijeron tambien este triunfo universal de su Iglesia. Cornelio á Lápide cita el párrafo siguiente del Libro III de sus Oráculos: *Después de la muerte del Anticristo ha de reinare en la tierra una mujer viuda*.

«Esta mujer, dice Cornelio á Lápide, es la Iglesia, Esposa de Jesucristo, y viuda de su celestial Esposo, desde su Ascension á los cielos.

» Y será grande la prosperidad bajo su reinado, y se hará tan poco caso del oro y de la plata, que se lo arrojará al mar, y después de este tiempo de triunfo, vendrá el fin del mundo y el juicio final.»

Después de citar este oráculo profético, Cornelio á Lápide exclama: «¡Bienaventurados los que vivirán después de la muerte del Anticristo! *Beati et felices, qui post mortem Antichristi vixerint*.

Entonces Jerusalem, convertida al cristianismo, añade, volverá á su esplendor antiguo: *Et Jerusalem tunc Christiana redituras ad pristinum splendorem*.

Este tiempo de felicidad y triunfo, durará, sin duda, bastante tiempo; para que la duracion de unos seis mil años, que los Padres

Doctores de la Iglesia convienen en otorgar al mundo, sea completa (1).

(1) Hé aquí, las principales razones en que fundan su opinion:

1.º Dios creó el mundo en seis dias, y descansó en el séptimo. Pues bien; estos seis dias de la creacion del mundo representan los seis mil años de su duracion: *sex dies significare sex millia annorum, quibus durabit hæc fabrica mundi, (milie enim anni coram Deo sunt sicut dies unus. Psalm.*

Pues bien; si el Anticristo ha de reinar á principios del siglo siguiente, como lo afirman muchos Profetas, será preciso, para completar los seis mil años, que la Iglesia quede triunfante, lo ménos, por espacio de unos cien años en la tierra, antes de ir á triunfar por toda la eternidad en el cielo.

La célebre profecía de San Malaquías, sobre la série sucesiva de los Papas, nos confirma tambien en su opinion. Segun esta profecía, han de reinar todavía tres Papas despues de Pio IX, y antes del reinado del Anticristo; los nombres que San Malaquías da á estos Papas, son significativos.

Despues de Pio IX, á quien designa con el nombre de *Cruz de Cruce* (el Gran Papa de la Cruz), sigue el que llama *Lumen in celo*, que será el Gran Papa de la gloria.

Despues de este, sigue el que designa por *Ignis ardens*, ó *Fuego de la tribulacion*, á causa de las tribulaciones, que precederán inmediatamente á la venida del Anticristo. Y á su sucesor, que se encontrará frente á frente del Anticristo, le llama *Religio depopulata*, Religión destruida.

Pero, despues de éste, siguen todavía ocho Papas, designados con los nombres, que indican la gloria, el triunfo, la paz, la felicidad, hasta que, por fin, viene *Pedro II, el Romano*, que será el último; pues, durante su pontificado, dice, *Roma será destruida y tendrá efecto el terrible Juicio del mundo*. He aquí, los nombres simbólicos de

89.) *Post venit sabbatum, id est; requies sanctorum in caelis.*

2.º *Habiendo durado la ley natural dos mil años, y la ley escrita otros dos mil, la ley de gracia durará tambien dos mil años; y despues de estos seis mil años, vendrá la eterna recompensa para los que habrán observado estas leyes, y el eterno castigo para los que las habrán infringido.*

3.º *Dios ha querido hacernos comprender por la vida de los siete primeros padres del género humano: los seis primeros, Adán, Seth, Enos, Cainán, Malaleel y Jared, figuras de la Iglesia militante, murieron; pero el séptimo, Enoc, figura de la Iglesia triunfante, fué arrebatado vivo al cielo. Quia post sex milenariorum annorum laboris et mortis sequetur vita aeterna. (Véase Cornelio á Lapide.)*

estos ocho últimos Papas: *FIDES INTREPIDA, — PASTOR ANGÉLICOS, — PASTOR ET NAUTA, — FLOS FLORUM, — DE MEDITATE LUNE, — DE LABORE SOLIS, — GLORIA OLIVAE, — IN PERSECUTIONE EXTREMA SEDERIT PETRUS ROMANUS, qui pascet oves in multis tribulationibus: Quibus transactis civitas septuaginta diruetur, et Iudex tremendus iudicabit populum suum.*

Nos dice San Juan en el capítulo vigésimo, que interpretamos; que estas últimas tribulaciones se verificarán, cuando *Gog y Magog*, últimos instrumentos de Satanás para el mal, aparecerán en la tierra.

Por los nombres de *Gog y Magog* ¿quiere el Profeta designar á determinadas personalidades, ó quiere designar una categoría de hombres malos? San Agustín es de esta última opinion. Hé aquí, sus palabras, tomadas de la *Ciudad de Dios: Praetium Gog et Magog est novissima persecutio; et Gog et Magog non est homo; nec certa gens, sed generaliter omnes Ecclesiae persecutores.*

Estos nombres de *Gog y Magog* de que se servían los Griegos para significar los pueblos más bárbaros, parece, pues, que aquí, no han de tomarse sino como el nombre simbólico de las hordas anticristianas, que atacarán entónces á la Iglesia de Dios; y, segun todas las probabilidades, como el nombre simbólico de las *Sociedades secretas*, que se formarán nuevamente al fin del mundo, cuando Satanás será de nuevo desatado: en efecto, *Gog* significa en hebreo *caverna tenebrosa*.

Para concluir, reproducimos los pormenores, que el Profeta nos da relativamente á la crisis suprema del fin del mundo.

«Mas, al cabo de los mil años, será suelto Satanás de su prision,» saldrá, y engañará á las naciones, que hay sobre los cuatro ángulos del mundo, á *Gog*, y á *Magog*, y los juntará para dar batalla, cuyo número es como la arena del mar.

Y extendiéronse sobre la redondez de la tierra, y cercaron los reales de los santos, y la ciudad amada.

«Mas Dios llovió fuego del cielo, que los consumió; y el diablo, que los traía engañados, fué precipitado en el estanque de fuego, y azufre: donde tambien la Bestia.»

Y el falso profeta serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.

«Despues vi un grande solio reluciente, y á uno sentado en él, á cuya vista desapare-

ció la tierra, y el cielo, y no quedó nada de ellos.

Y vi á los muertos, grandes y pequeños, estar delante del trono, y abriéronse los libros; y abriése tambien otro libro, que es el de la vida; y fueron juzgados los muertos, por las cosas escritas en los libros, segun sus obras.

El mar, pues, entregó los muertos, que habia en él; y la muerte, y el infierno entregaron los muertos, que tenían dentro; y se dió á cada uno la sentencia segun sus obras.

Entónces el infierno, y la muerte fueron lanzados en el estanque de fuego. Esta es la muerte segunda.

El que no fué hallado escrito en el libro de la vida, fué asimismo arrojado en el estanque de fuego.»

Los elegidos y los malditos.

CAPÍTULO XXI.

Los dos últimos capítulos parecen escritos, para servir de admirable conclusion al libro tan instructivo de las grandes y divinas Revelaciones.

Ambos están destinados á describirnos las bellezas deslumbradoras del nuevo Cielo, y de la nueva tierra, que Dios prepara para recompensa de sus elegidos.

Pero, antes de contemplar estas bellezas, recojámosnos, y tratemos de hacer esta contemplacion práctica, para la salvacion de nuestras almas.

A este fin, tengamos siempre presentes estas palabras del Profeta: El que vienciere, poseerá estas cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo: *Qui vicerit, possidebit haec; hero illi Deus, et illi erit mihi filius.* El cielo es la patria de los fuertes: *Jerusalem ecclesiae est domus fortium.*

Dios no quiere en el cielo más que almas grandes y generosas. Animo, pues, soldado de Jesucristo; ánimo, y siempre ánimo. ¿La carne, el demonio y el mundo te dan terribles ataques? Levanta los ojos, mira al cielo, piensa en la eternidad, contempla la esplendorosa corona y saldrás vencedor de la lucha: si las enfermedades, la persecucion, la calumnia, la pobreza, el menosprecio, ingratiudes de toda clase, vienen á agriar á la vez tu pobre existencia; soldado de Cristo, te repito, que tengas

ánimo, ánimo, y ánimo. En esta lucha á muerte con la adversidad, mira al cielo, y acuérdate, que se llega allá por el camino de las tribulaciones. *Suspice caelum; sic itur ad astra.*

No olvidemos jamás, que los primeros á quienes el Profeta cierra las puertas del cielo, son los cobardes, los tímidos, los pusilánimes, los esclavos del respeto humano; los que olvidan, que cristiano y animoso son palabras sinónimas; y que un hombre no debe retroceder, porque le parezcan difíciles sus deberes, pues las cosas no son difíciles sino para el que retrocede. *Non quia difficulta sunt, non audemus; sed quia non audemus, difficulta sunt.*

Esas almas cobardes, que por respetos humanos, y para no chocar con las opiniones ó debilidades de los hombres, hacen traicion á la causa de Dios y de la verdad, bajo pretexto de conciliacion y de prudencia, son las que causan mayor daño á la religion, y se avergüenzan más de Jesucristo. *Dicuntur christiani ad contumeliam Christi,* escribe Tertuliano; por esto el Profeta los coloca al frente de todas las almas malditas.

El cielo será el premio del vencedor, pero «los cobardes, é incrédulos, y execrables, y homicidas, é idólatras y todos los embusteros, tendrán su lugar en el lago, que arde con fuego y azufre: que es la muerte segunda», es decir, la muerte eterna; ó mejor, el eterno suplicio del alma y del cuerpo, que vivirán una y otro en las mortales angustias de una agonía eterna.

El Profeta no terminará su canto divino sin hablar nuevamente de los elegidos y de los malditos:

Bienaventurados, dirá, los que lavan sus vestiduras en la sangre del Cordero, para tener el derecho al arbol de la vida, ó de alimentarse, durante el destierro, del fruto celestial de la Eucaristía, que es el arbol de la vida; y solo éstos verán, despues del destierro, abrirse de par en par las puertas de la Patria eterna.

Pero á fuera, á fuera quedarán los perros, es decir, los libidinosos y los aficionadós á infames placeres; á fuera los homicidas, los que infician las almas con sus malos ejemplos y malas doctrinas; á fuera los hipócritas y los mentirosos.

Ya el Profeta-Rey habia exclamado: No han querido la bendicion, sino que han pre-